MANZANA DE CARAMELO
(Notas sucias para un cuento-poema o un poema-cuento)

Cada vez que llega el otoño...

(s u s p i r o)

comienza a volver a sonar en mi cabeza
el murmullo lejano
de la primera vez que probé
una manzana de caramelo.

Lo recuerdo bien.

Pero no siempre igual.
El tiempo parece plegarse
en una espiral
dentro de mí,
y algunas edades
quedan más cercanas
a otras.

Hoy me acuerdo mucho de cuando era un niño.
No sé cuántos años tendría.
Tal vez siete,
tal vez ocho,
tal vez nueve.
No más de diez.

* * *

Era Navidad, o estaba cerca de serlo.
La calle Castillo
brillaba,
y brillaba,
y b · r · i · l · l · a · b · a ,
llena de luces, de carteles, de personas aturulladas
que buscaban una y otra vez
las mismas compras repetidas de Navidad.
¡Y qué agobio! ¡Y qué espiral humana
que se pliega sobre sí misma
y que apenas deja respirar...!

~~*No.*~~
(Repito).

Era casi invierno.

(Repito).

Era Navidad.
No era Navidad todavía:
era *casi* Navidad.

Una no-terminada-Navidad,
todavía una no-Navidad.
Una Navidad no celebrada
que ya tenía la textura y el color de una
sí-Navidad.

Salía a las calles
y olía el sudor ansioso de la gente que no paraba de dar vueltas
en espiral
sobre los carteles luminosos y asfixiantes de compras,
y catálogos llenos de precios,
y ropa,
y juguetes...

Hace años que no miro un catálogo de juguetes.

Echo de menos esa sensación
de sentirme ilusionado por los juguetes.
Qué bonita sensación ver siempre...

(Repito).

Cuando era un niño, una de las cosas que más me gustaba
era ver los anuncios
de los juguetes.

No recuerdo muchos, tal vez juguetes vagos, fantasmas de juguetes.

Hay uno. Recuerdo un juguete *mágico*:

Un coche que no era coche.
Un coche teledirigido,
un coche que no era coche porque también
ba
pa
e
tr por las paredes.

Un *coche-lagarto*.
Un *coche-araña*.
Un coche que, además, funcionaba del derecho y del revés.

¿Cómo se llaman esas palabras
que se dicen del derecho y del revés igual?

```
[ t a c – t a c – t a c – t a c – t a c ]
┌─────────────────────────────────────────┐
│▌                                        │
└─────────────────────────────────────────┘
```

Un palíndromo de coche. | .ehcoc ed omordnílap nU

El anuncio empezaba con el coche de cerca:
un coche feroz,
una máquina monstruosa.
Imponente; un coche enorme, curvo, sinuoso...
y de repente aceleraba y subía a toda velocidad, sin parar y decidido,
¡por
la
p
a
r
e
d!

Entonces se alejaba la cámara y dejaba ver
ese coche-palíndromo,
ese coche-lagarto,
ese coche-no-coche,
ese coche del revés.

Me encantaban esos coches de juguete.
Nunca tuve uno.
Me parecía magia.
¿Cómo es posible que existiera —para que lo pudiera comprar yo, no: mis padres—
un coche que desafiaba las leyes de la gravedad?
¿No se podría hacer un *Spider-Man* de coche?

Me encantaría trepar por las paredes y poder ver el mundo desde arriba.
Y ser yo también un niño-lagarto,
un niño-palíndromo,
un niño-coche.
Y ser, a veces, teledirigido.
Y no necesitar sino moverme
para poder ver el mundo entero desde arriba sin tener que crecer;
más bien poder crecer, pero también *decrecer*,
hacerme pequeño,
verme tanto desde el suelo
como desde la pared,
como desde el techo.

Verme desde
todos
los lados.

* * *

La calle Castillo quemaba de luz,
atosigada por gente que respiraba angustiada
el aliento corto de las compras de Navidad.

Y daban vueltas los unos sobre los otros:
una marea de gente, una marabunta de gente,
gente incansable, gente de todos los colores, de todos los tamaños;
había niños, había madres, había padres, había abuelos, había había había había.
Y todas las voces se superponían las unas a las otras
y uno parecía, de vez en cuando, distinguir algún modelo
«del niño»
«para el niño»
«para la niña»
«de la niña».

Y yo estaba siempre atento a las bolsas.

«pero ese no porque ya lo tiene»

Y creía ver, de vez en cuando,

«pero ese sí porque lo tiene su hermana»

ese coche-lagarto, ese coche-palíndromo, ese coche-coche, ese coche del revés.
Y yo quería que mi madre me lo comprara por Reyes.

Y nunca me lo compró.

Y yo había acompañado a mi madre
a alguna tienda de Inditex.
Una tienda *imperica*,
de una ambición *imperica* que capturaba todo
—parecía que toda la ropa del mundo la contenían las tiendas de Inditex—.

Y salimos de la tienda cargados de bolsas.
¡Y qué ilusión poder llevar bolsas grandes y que no toquen el suelo!
Ya tener la altura suficiente, haber crecido lo suficiente
para ser prácticamente ese humano-lagarto de la pared,
y poder colgar las bolsas de mis brazos y no arrastrarlas, ni que toquen el suelo:

Era un adulto.

Y me entró, de repente, el olor de las manzanas de caramelo.

* * *

Todos los días, en el comedor del colegio, repetía manzanas.
Tenía un hambre enorme,
y no podía capturarla de ninguna manera
—porque, claro, ya había comido mucho—.
Así que comía manzanas, y manzanas, y manzanas sin parar.
También porque se lo vi a Tom Sawyer:
comer una manzana al pintar una valla.
Y yo las comía también pensando que podría pintar algo,
pensando que podría capturar algo,
pensando que yo mismo ~~me rebel...~~
que yo mismo haría mi propia rebelión contra mi hambre.

Que las manzanas servirían de vanguardia,
de Ejército Rojo que capturaría
de golpe
y sin piedad
de un tajo
dentoso
el monstruo
tenebroso
enorme
de mi hambre.

Un monstruo-bestia
(imaginario, creo)

Y yo le daba manzanas,
y sacrificaba esas manzanas
para capturarlo
para capturarme.

Y no lo capturaba.

Y estaba harto.

Y me encantaban las manzanas.

No me las tomaba con piel nunca.
Me daba asco:
ese cambio de textura de repente,
esa sensación más dura al masticar,
esa transición abrupta
entre la piel y la carne... y la pulpa.
Nunca me gustaron esas transiciones abruptas.

Y me llegó el olor a la manzana de caramelo.

* * *

La calle estaba llena de puestos de comida.
Tenían castañas...
Tenían castañas asadas y algodones de azúcar
con los que me manchaba la cara siempre.
Y ese algodón de azúcar que se hacía de la misma forma que se hacían las calles:
llenándose cada vez más en espiral,
~~hasta lo que el... hasta lo que...~~
llenándose cada vez más en espiral,
y lo que empezaban siendo unos hilos sueltos
terminaban por amontonarse en una masa uniforme, rosa...

```
                    h     i     l
              o     s           s     u
        h    i    l    o    s         s    u
      h   i   l   o   s       s   u   e   l   t
   h  i  l  o  s     s  u  e  l  t  o  s     h  i
  h i l o s   s u e l t o s   h i l o s   s u e l t
 hilos sueltos hilos sueltos hilos sueltos hilos su
  hilossueltoshilossueltosmasauniformerosamasaunif
   ormerosamasauniformerosamasauniformerosamasaun
     iformerosamasauniformerosamasauniformerosa
        masauniform  color piel  erosamasaun
            iformerosamasauniformerosama
                 sauniformerosamasa
                      uniforme
                         ||
                         ||
                         ||
```

color piel, le llamaría.

Y en esos puestos no solo había castañas, y dulces, y caramelos, y manzanas de caramelo;
también había juguetes.
Y sentía la misma ilusión por esos juguetes que por los que veía en los anuncios.
Porque esos juguetes tenían la cualidad de *efímeros*:
solo existían dentro de esos puestos,
y esos puestos solo existían dentro del invierno.
Después desapa r e c e r í a n .
Recuerdo que me quería comprar esos juguetes
porque así podría llevarme un pedacito del invierno conmigo.

Le dije a mi madre que me comprara una manzana de caramelo.
Nunca me dejaba tomar dulces; engordaban.
Pero estábamos felices.

(Corrijo):

Pero *éramos* felices.

Me miró.
Y, antes de que me lo dijera, su mirada ya estaba cargada de la respuesta positiva.
Y yo también sonreí sin decir nada, y cuando me lo dijo
prácticamente ya no podía sonreír más;
ya mi s o n r i s a había llegado
al tope
de mi músculo.
Y me contó que a ella también le encantaban las manzanas de caramelo.

(¿Por qué no me había comprado
una manzana de caramelo antes,
si a ella le encantaban?)

Fuimos al puesto,
seleccioné una
y la cogí con la mano.
Tuve que esperar . . . . . pacientemente
hasta que mi madre la pagara.
Había cola porque había una niña pequeña
—con pelo rizado, castaño, negro profundo, y unas coletas—
me pareció guapa
que estaba comprando un juguete.

Pero yo tenía mi manzana de caramelo.

Mi madre la pagó con unas monedas
~~y le quité entonces el plástico que la protegía...~~

Es mentira.

No se lo quité yo;
yo no sabía,
no podía.
Siempre me ha costado mucho quitar los plásticos,
siempre he preferido que me los quite alguien.
Mi madre me lo quitó.
Y ella se ilusionó (igual que yo) por la manzana.

(¿Por qué no se habría comprado una ella?
Tal vez porque engordaban.
A mi madre no le gustaba engordar,
ni que engordáramos).

Me abrió la manzana
y entonces
lamí.

No entendí muy bien la sensación de haber lamido esa superficie
reflectante, cristalina, transparente.

Pero sabía a caramelo.

Me armé de fuerza y le pegué un mor co.
dis

Noté la transición abrupta, ¡pero esta vez multiplicada!
Porque ahora era

c a r a m e l o ,	c a r a m e l o ,
p i e l	p i e l
y c a r n e ;	y p u l p a .

Y la noté tres veces,
pero esta vez sí me gustó,
porque era *mi* manzana de caramelo.

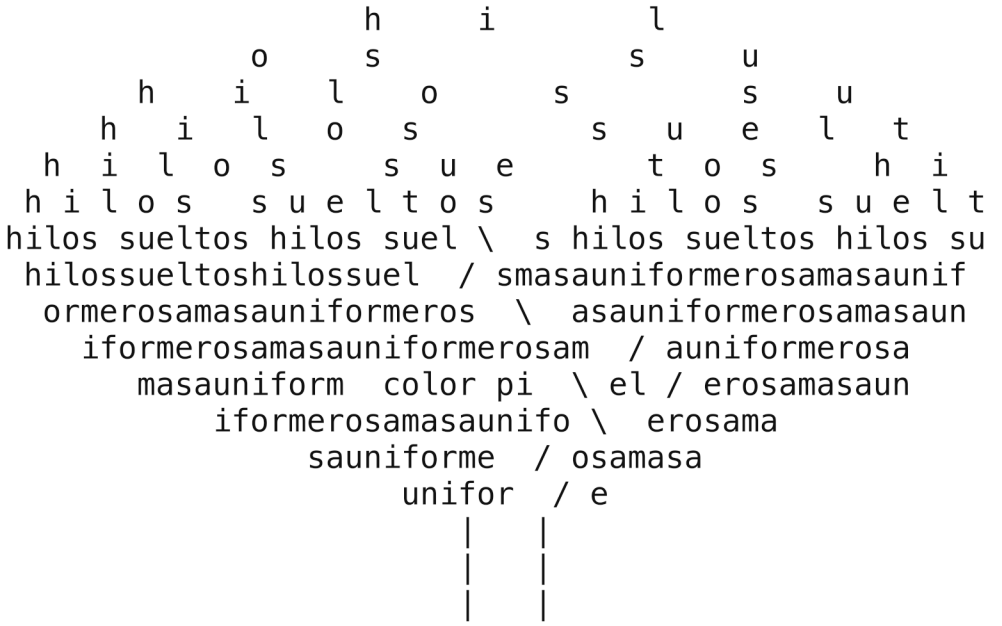
Y el sabor era grave,
y sonoro,
y hondo,
y cálido,
y prácticamente era de terciopelo.

Me la estaba tomando,
me estaba manchando entero
y se me estaban cayendo tro
z
o
s,
pero era mi manzana de caramelo.

—¡¿DÓNDE ESTÁ MI NIÑO?!

—¡¿ D Ó N D E E S T Á M I N I Ñ O ?!
¡¿ D Ó N D E E S T Á . . . ?!

Miré rápido hacia el final de la calle
y vi a una mujer llorando.
Llorando,
llorando
y llorando.
Había roto la espiral y la masa uniforme
—la masa uniforme color piel—,
y ahora no:
había una especie de grieta



que tenía la forma de
una mujer que lloraba,
y que corría,
y que le iba preguntando a las señoras mayores
dónde estaba su hijo.

¿Dónde está mi hijo?

Recordé la vez que me había perdido
cuando tenía solo cinco años.
Me había perdido muy poco
y durante muy poco tiempo,
y lo pasé muy mal.

Pero no había escuchado a mi madre gritar.
Ni había escuchado nunca
gritar
por un hijo perdido.

Y era Navidad.
Casi Navidad.

—¡¿ **D Ó N D E E S T Á ?!**
¡¿ D Ó N D E E S T Á ,
L O H A V I S T O ,
P O R F A V O R ?!
¡ P O R F A V O R ,
N O L O V E O ,
P O R F A V O R !

La gente le decía que se calmase.
¿calmarse?
Estuvo recorriendo la calle

de arriba y de arriba y de arriba
a a a
b b b
a a a
j j j
o, o, o;

Y mi madre lloraba.

No sé si había visto a mi madre llorar antes.
Tampoco la había visto comprarme una manzana de caramelo.

—¡¿ D Ó N D E E S T Á ?! ¡¿ D Ó N D E E S T Á ?!

SSS A MM UUUU EE LLLL
SSSS AA M UUU EEE LL
SS AAAA MMM UU E LLLLL
SSSSS AAA MM U EE LLL
SSS AA MMMM UUUUU E LL
S AAAAA MM UU EEEE LLLL
SSSS A MMM UUU EE LLLLLL
SS AAA M UUUUUU EEE L
SSSSSS AA MM UU EEEEE LLL
SSS AAAA MMMMM U EE LLLL

¡¡ S A M U E L , ¿ D Ó N D E E S T Á S ?!!
¡ S A M U E L , E S T O Y A Q U Í !
¡SAMUEL!

Se fue
por una calle cercana.
Todavía gritaba:

—¡¿Dónde estás?! ¡¿Dónde estás, Samuel?! ¡Samuel! ¡¿Dónde estás?!

Escuchaba cada vez más y más flojo...

—¡¿Samuel...?! ¡Samuel...! ¿Dónde...? ¿Samuel...?

¿S a m u e l . . . ?

¿S m u l ?

¿ m u ?

¿ u

¿

Y me llegó
el olor
de *mi*
manzana
de caramelo.